

ANDREW NAGORSKI

SALVAR A FREUD

UNA VIDA EN VIENA

Y SU HUIDA

A LONDRES



CRÍTICA

ANDREW NAGORSKI



Salvar a Freud

Una vida en Viena y su huida a Londres

Traducción castellana de
Yolanda Fontal

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: febrero de 2024

Salvar a Freud. Una vida en Viena y su huida a Londres
Andrew Nagorski

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Saving Freud. The Rescuers Who Brought Him to Freedom*

© Andrew Nagorski, 2022

© de la traducción, Yolanda Fontal, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es

www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-609-5

Depósito legal: B. 21.789-2023

Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas, S. A.

Printed in Spain - Impreso en España



Morir en libertad

El 15 de marzo de 1938, tres días después de que las tropas alemanas hubieran entrado en Austria, unas doscientas cincuenta mil personas recibieron a Adolf Hitler cuando salió al balcón del Hofburg, el palacio imperial de Viena, para anunciar el fin del Estado austriaco independiente. «La provincia oriental más antigua del pueblo alemán será de ahora en adelante el baluarte más joven de la nación alemana», declaró.¹ El *Anschluss*, su tan proclamado sueño de incorporar su país natal al Tercer Reich, ya era una realidad, y la multitud parecía inmensamente feliz. Desde el momento mismo en que las tropas de Hitler habían cruzado la frontera, la mayoría de los austriacos habían respondido con estallidos de júbilo similares.

No todos, sin embargo. Los ocupantes practicaron detenciones masivas de todas aquellas personas catalogadas por la Gestapo como antinazis al tiempo que desencadenaban una oleada de violencia antisemita.² Los judíos fueron golpeados y asesinados, saquearon sus tiendas y decenas de ellos se suicidaron. Según el dramaturgo alemán Carl Zuckmayer, que se encontraba en Viena en ese momento, «la ciudad se transformó en una pesadilla pintada por el Bosco. [...] Lo que se desató en Viena fue un torrente de envidia, celos y amargura, una ciega y maligna sed de venganza. [...] Era el aquelarre de las turbas. Todo lo que constituye la dignidad humana quedó enterrado».³

Sigmund Freud, refugiado en su viejo apartamento y consultorio de la calle Berggasse 19, había escrito una concisa nota en su diario nada más comenzar la ocupación

12 alemana: *Finis Austriae* («El fin de Austria»).⁴ El fundador del psicoanálisis había vivido en la capital austriaca durante todos los años de su vida salvo los cuatro primeros, y en aquel momento, cuando estaba a punto de cumplir ochenta y dos, se veía inmerso en aquella pesadilla. Al ser judío, estaba automáticamente en peligro; como rostro público indiscutible de lo que la mayoría de los funcionarios nazis tachaban de pseudociencia judía, no había forma de saber lo que los nuevos amos tenían reservado para él.

Freud fue un objetivo de inmediato. El mismo día en que Hitler pronunció su discurso, los matones nazis irrumpieron en la vivienda de Freud y en la *Internationaler Psychoanalytischer Verlag*, la editorial que publicaba las obras de Freud y sus colegas, situada en la misma calle, en *Berggasse 7*. En el apartamento, la esposa de Freud, Martha, tuvo el aplomo suficiente para descolocar a las «visitas» ejerciendo el papel de amable anfitriona. Cogió el dinero que tenía a mano y preguntó: «¿No quieren servirse, caballeros?».⁵ A continuación, Anna, la benjamina de la pareja, llevó a sus «invitados» a otra habitación, sacó de la caja fuerte los 6.000 chelines que contenía, equivalentes a unos 840 dólares, y les entregó también esta suma.

De pronto apareció la adusta figura de Sigmund Freud, que miró a los intrusos sin decir nada. Visiblemente intimidados, se dirigieron a él como *Herr Professor* («señor profesor») y abandonaron el apartamento con el botín después de anunciar que volverían en otro momento.⁶ Tras su marcha, Freud preguntó cuánto dinero les habían confiscado. Se tomó con calma la respuesta y comentó irónicamente: «Yo nunca he cobrado tanto por una sola visita».

Sin embargo, aquello no tenía nada de divertido, ni tampoco lo que estaba ocurriendo muy cerca, en la sede de la *Internationaler Psychoanalytischer Verlag*, adonde había ido el hijo mayor de los Freud, Martin, para destruir cualquier documento que los nazis pudieran utilizar contra su padre. Una docena de matones «harapientos» irrumpieron en el local, según recordaba Martin, apretaron sus rifles contra su estómago y lo retuvieron durante varias horas.

Uno de los hombres sacó ostentosamente un arma y gritó: «¿Por qué no le disparamos y terminamos con él? Deberíamos matarlo ahora mismo». ⁷

Durante aquel caótico primer día, los asaltantes no parecían saber muy bien cuál era su misión y no estaba claro de quién recibían órdenes. Pasaron por alto varios documentos que Martin, tras alegar que sufría una dolencia estomacal, consiguió tirar por el inodoro. Al final de la tarde, los nazis se retiraron amenazando con que llevarían a cabo una investigación completa más adelante.

De vuelta en la vivienda, donde Martin se reunió con sus padres y su hermana, la sensación que reinaba no era precisamente de alivio. Anna era quien estaba más abatida: «¿No sería mejor que nos matáramos todos?», le preguntó a su padre. ⁸ La mordaz respuesta de Freud dejó claro que no tenía la menor intención de plantearse semejante idea: «¿Por qué, porque eso es lo que les gustaría que hiciéramos?», dijo.

Estas circunstancias difíciles, con su incierto desenlace, suscitaban algunas preguntas inquietantes: ¿por qué se había dejado atrapar Freud en aquella situación tan extremadamente peligrosa? ¿Por qué no se había marchado de Viena antes, cuando le habría resultado relativamente fácil hacerlo?

¿Y por qué siguió mostrándose reacio a actuar incluso después de que los asaltantes nazis se hubieran marchado el 15 de marzo de la editorial tras prometer que regresarían pronto? Nada más ser liberado, Martin volvió de inmediato a casa para ver cómo estaban sus padres. «A pesar de esta dura experiencia, no creo que mi padre se planteara aún abandonar Austria», escribió. Más bien, confiaba «en capear el temporal» con la esperanza «de que se restableciera el ritmo normal y a los hombres honrados se les permitiera seguir su camino sin miedo». ⁹

Lo irónico era que Freud debería haber estado especialmente capacitado para entender las fuerzas oscuras que empujaban a su mundo al asesinato en masa y la destrucción. En su famoso ensayo de 1930 *El malestar en la cultura* hablaba de la «cruel agresión» del hombre, que también

14 puede manifestarse «espontáneamente, desenmascarando al hombre como una bestia salvaje que no conoce el menor respeto por los seres de su propia especie». ¹⁰ Señalaba específicamente lo a menudo que los judíos habían «prestado servicio» a otros al actuar como válvula de escape para esta clase de impulsos primarios.

Durante una vida que abarcó las últimas décadas del Imperio austrohúngaro, la primera guerra mundial y el periodo de entreguerras, Freud no fue ajeno a la agitación política y el antisemitismo, que no era ni mucho menos una tendencia oculta, sino un rasgo habitual en su entorno inmediato. Por un lado, sabía que se trataba de una mezcla inflamable que podía explotar en cualquier momento, amenazándolo a él y a su familia. Pero, por otro, se negaba a admitir la realidad. Sufría un cáncer de mandíbula que había desarrollado como consecuencia de su larga adicción al tabaco y era muy consciente de que se le acababa el tiempo, lo que le llevaba a desear vivir lo que le quedara relativamente en paz, sin los trastornos que conlleva instalarse en otro lugar.

Sin embargo, la combinación de la vejez y la enfermedad no era lo único que lo retenía. Freud sentía un profundo apego por Viena, que había sido un importante centro de la vida cultural, y judía, en Europa durante siglos. La pujante comunidad judía incluía a compositores como Gustav Mahler y Arnold Schönberg, a escritores como Stefan Zweig, Franz Werfel y Joseph Roth, además de físicos, médicos y, por supuesto, muchos de los otros principales psicólogos de la época. Freud conocía a la mayoría de esos personajes, o al menos se había cruzado con ellos.

El centro del universo de Freud era Berggasse 19, donde él y Martha habían criado a seis hijos. Allí también pasaba consulta a sus pacientes, escribía sus ensayos y libros, y se reunía los miércoles por la noche con los miembros de la Asociación Psicoanalítica de Viena. Estaba muy apegado a rituales como los paseos vespertinos por la Ringstrasse y las visitas a los afamados cafés de la ciudad, donde fumaba puros y leía los periódicos. En suma, era un pensador revo-

lucionario que también suscribía el dicho alemán *Ordnung muss sein*, que se podría traducir como «tiene que haber orden». Con la llegada del Tercer Reich, esas palabras habían adquirido un significado mucho más siniestro, pero en la Viena anterior a la guerra podían coexistir con normas sociales bastante tolerantes y con la infatigable explotación por parte de Freud de temas que antes eran tabú.

Viena también era el lugar en el que Freud se había transformado y había dejado de ser, según su propia descripción, un extraño a menudo despreciado por la clase médica para convertirse en el aclamado practicante de su nueva ciencia. Era el rey en su campo, y atraía a discípulos y pacientes de toda Europa y de Estados Unidos. En los años veinte y treinta era el ciudadano más famoso de Viena y su aparición en cualquier lugar llamaba la atención de inmediato.

John Gunther, corresponsal extranjero del *Chicago Daily News*, y más tarde autor de *Inside Europe* y de una serie de historias populares, escribió una novela sobre Viena titulada *La ciudad perdida*. El libro, que se basa libremente en sus experiencias en la capital austriaca a principios de los años treinta, describe una recepción diplomática organizada por la embajada polaca en la que hizo su aparición Freud y demuestra que su estatura ya era mítica.

Un invitado reconoce a la celebridad y exclama: «¡Oh, ahora veremos algo excepcional! ¡Entra Freud!». ¹¹ Gunther escribe a continuación:

Y, de hecho, nada menos que el doctor Sigmund Freud, con sus brillantes ojos de color violeta, su barba bien recortada, sus aires de tensa e incluso exasperada superioridad, avanzó con gravedad hacia el anfitrión y la anfitriona. El silencio se apoderó de la estancia mientras se abría paso como un barco entre los juncos; los invitados se agolparon para mirar, pero se apartaron hacia atrás por la fuerza de su lento y majestuoso paso. «¡Freud!», susurró la gente. Todos los presentes enmudecieron maravillados.

Esta clase de fama podría haber supuesto la ruina o la salvación de Freud. Una vez completado el *Anschluss*, los jerarcas nazis podrían haber decidido demostrar que ningún judío, por prominente que fuera, estaba a salvo de su ira. O podrían haber calculado que, en esta etapa inicial de triunfos de Hitler, era mejor permitir que Freud saliera de la trampa que, hasta cierto punto, se había tendido a sí mismo. En realidad, cuando se hicieron con el poder aún no habían tomado una decisión firme sobre qué hacer con Freud. Su destino estaba en juego y serían necesarios los esfuerzos concertados de un equipo de rescate para organizar su huida de Viena.

Estos salvadores conformaban una mezcla imposible de personalidades variopintas con orígenes y nacionalidades muy diversos. Lo que tenían en común era su devoción por Freud y sus teorías, y, en el tenso periodo final, su determinación, por encima de todo, de vencer la reticencia de Sigmund a abandonar Viena. Luego, cuando por fin se plegó a la necesidad de hacerlo, se ocuparon de realizar las frenéticas gestiones para convencer a las autoridades nazis de que le dejaran marchar. Y, en un momento en el que a los emigrantes judíos les resultaba cada vez más difícil encontrar un país que los aceptara, se encargaron de convencer al Gobierno británico para que acogiera a Freud y su gran séquito, un total de dieciséis personas, que incluía a familiares, parientes políticos, su médico y la familia de este. Era una operación compleja sin garantías de éxito que solo saldría bien si el equipo de rescate estaba a la altura de las circunstancias.

Los miembros principales de este equipo eran:¹²

ERNEST JONES, un médico galés que conoció a Freud en 1908 y aprendió alemán para estudiar sus obras. Jones se convirtió en su más ferviente discípulo en el mundo angloparlante. Fue presidente de la Asociación Psicoanalítica Británica y de la Asociación Psicoanalítica Internacional, que divulgaba las ideas freudianas. Desempeñaría un papel clave a la hora de convencer tanto a Freud para que aban-

donara Viena como al Gobierno británico para que permitiera que entrara con su grupo. 17

ANNA FREUD tenía cinco hermanos mayores, pero fue la que mantuvo una relación personal y profesional más estrecha con su padre, al que cuidó hasta el final de su vida. Durante la mayor parte de ese tiempo, mantuvo lo que llamó una «preciada relación» con Dorothy Tiffany Burlingham, la nieta estadounidense de Charles Tiffany, el fundador de Tiffany & Co. Anna llegó a ser una eminente psicoanalista infantil que aplicaba las teorías de su padre cuando trataba a sus jóvenes pacientes.

WILLIAM BULLITT, el embajador de Estados Unidos en Francia y antes en la Unión Soviética, fue paciente de Freud en 1926, cuando su matrimonio se estaba desmoronando y posiblemente se planteó suicidarse. Las sesiones no salvaron su matrimonio, pero le ayudaron a afrontar la depresión y dieron pie a una inesperada colaboración entre ambos hombres: la biografía de un estadista al que los dos despreciaban, el presidente Woodrow Wilson.

MARIE BONAPARTE representaba a la alta sociedad europea. Era sobrina bisnieta de Napoleón y estaba casada con el príncipe Jorge de Grecia y Dinamarca. Aunque mantuvo un largo romance con el primer ministro de Francia, Aristide Briand, comenzó a analizarse con Freud en 1925 para superar su «frigidez» y pronto se convirtió en analista por derecho propio. Al igual que Jones y Bullitt, Bonaparte era gentil.

MAX SCHUR se había especializado en medicina interna, pero ya en sus tiempos de estudiante había sentido fascinación por Freud y él mismo se había analizado. Durante sus estancias en Viena, Marie Bonaparte era su paciente. Intrigada por este «internista de orientación psicoanalítica», Bonaparte le presentó a Freud, quien lo tomó como su médico en 1929. Schur, que era judío como Freud, estaba

18 mucho más alarmado por la inminente amenaza nazi que su paciente. Aunque había hecho todos los preparativos para que su familia emigrara a Estados Unidos, se quedó en Austria para cuidar a Freud hasta su partida y más tarde se aseguró de que recibiera la atención adecuada en Londres.

ANTON SAUERWALD fue un inesperado miembro del grupo de rescate de Freud. Nadie se habría atrevido a pronosticar que un burócrata nazi, al que se asignó la tarea de supervisar la exacción de los bienes de Freud, desempeñaría un papel decisivo en el último capítulo de su vida en Viena, pero eso fue justamente lo que sucedió.

El famoso anciano de Viena tuvo que confiar en todas estas personas, y en otras que les ayudaron, para poder pasar sus últimos quince meses de vida en Londres y cumplir su deseo de «morir en libertad».

Durante los años ochenta y los noventa fui corresponsal jefe de *Newsweek* en Moscú, Roma, Bonn, Berlín y Varsovia. Viena era con frecuencia parte de mi sección. Había visitado por primera vez la ciudad cuando era un adolescente y me encantaba volver allí una y otra vez. Es un lugar lleno de historia, con un arte, una arquitectura, una música y una literatura magníficos, y todavía ofrece muchas de las mismas vistas y diversiones que en la época de Freud.

Es posible recrear sus paseos habituales por la Ringstrasse, la gran avenida en forma de herradura que ordenó construir el emperador de los Habsburgo Francisco José en la segunda mitad del siglo XIX. Rodea el centro de la ciudad, de modo que permite admirar la Ópera Estatal de Viena, el Parlamento, el Ayuntamiento, la Universidad y otros edificios y jardines majestuosos.

Como Freud, uno puede hacer un alto en cualquiera de sus cafés, incluido su favorito, el café Landtmann, que está situado junto al Burgtheater, donde puede sentarse en los bancos de terciopelo o en las sillas Thonet originales de la época imperial mientras contempla los espejos de los

años veinte y las exquisitas taraceas de sus paredes de madera. Antes de apreciar plenamente este ambiente de la Belle Époque, descubrí que casi todas las personas con las que quería reunirme en Viena (politólogos, sociólogos, escritores, artistas) proponían que nos viéramos allí. Sin embargo, Viena provoca fuertes sentimientos encontrados a cualquiera que viva en la ciudad durante un tiempo o incluso la visite a menudo. John Gunther la describió como una ciudad «muy seductora, muy opresiva, pero dotada de un encanto enigmático».¹⁵

Parte de ese encanto lo percibieron incluso las víctimas del periodo nazi. En los primeros días de la ocupación alemana de Polonia, Weronika Kowalska, de dieciséis años, formó parte de un numeroso grupo de adolescentes de Częstochowa que fueron separados abruptamente de sus familias y enviados a Viena para realizar trabajos forzados. Pasaron casi toda la guerra trabajando en una fábrica de Ericsson que producía teléfonos de campaña para el Ejército alemán mientras vivían en unos austeros barracones cercanos. Mucho más tarde, cuando se convirtió en mi suegra y me contó lo que había vivido, Kowalska nunca restó importancia a las penalidades que ella y los demás tuvieron que soportar, pero también recordaba vívidamente los ocasionales destellos que captaba de una ciudad que le parecía completamente deslumbrante.

Las historias que cubrí en mis viajes a Viena solían tener que ver con exploraciones de ese mismo pasado siniestro. Visité con frecuencia al famoso cazador de nazis Simon Wiesenthal, afincado en la capital austriaca, para informar de sus esfuerzos por llevar a los criminales ante la justicia. En los primeros años de la posguerra, muchos austriacos se presentaron con éxito como las primeras víctimas del Tercer Reich, una versión depurada de los hechos reforzada en la imaginación popular por el inmenso éxito de la película *Sonrisas y lágrimas*. Se pasó prácticamente por alto el hecho de que los austriacos figuraron entre los partidarios más fervorosos de Hitler y, como señaló reiteradamente Wiesenthal, estuvieron representados de manera despro-

20 porcionada como comandantes y otros funcionarios en los campos de exterminio.

Hasta que el ex secretario general de las Naciones Unidas Kurt Waldheim no se perfiló como candidato principal en las elecciones presidenciales de Austria de 1986, el país no emprendió un muy necesario ajuste de cuentas con su pasado reciente.¹⁴ Waldheim había admitido en las biografías oficiales que había prestado servicio en el frente oriental, pero «olvidó» mencionar su posterior misión en los Balcanes como miembro del personal del general Alexander Löhr, que más tarde sería condenado y ejecutado por los crímenes de guerra que cometió en Yugoslavia. Cuando salieron a la luz las omisiones de Waldheim, la *Schadenfreude* de algunos de mis amigos alemanes fue más que evidente. «Los austriacos han convencido al mundo de que Beethoven era austriaco y Hitler, alemán», bromeaban. (Hitler nació en la Alta Austria, mientras que Beethoven nació en Bonn.)

Mientras informé sobre ello, la reacción de Waldheim a las acusaciones sobre el papel que había desempeñado en la guerra me resultó tan inquietante como lo que pudiera haber hecho cuando era oficial de inteligencia en aquella época. Aprovechando que el Congreso Judío Mundial estaba a la cabeza de quienes lo acusaban de haber cometido crímenes de guerra, recurrió a una retórica antisemita apenas velada para movilizar a sus partidarios, que lo recompensaron con una amarga victoria. La reputación de Austria se había vuelto a empañar, pero una nueva generación de educadores austriacos aprovechó la controversia para intentar introducir en las escuelas y en los foros públicos programas más honestos sobre la historia.

He seguido regresando a Viena siempre que he podido. Creo que la ciudad provoca una fuerte atracción, que su encanto es difícil de resistir, no importa qué sombras siga proyectando. Tal vez por esta razón, el apego que Freud sentía por ella me resulta totalmente comprensible, pese a sus emociones cada vez más fracturadas, una ambivalencia que mantuvo hasta sumirse en su último sueño en Londres.